

Huirán mi duda, mi doliente anhelo,
Recuerdos de mi vida desdichada;
Que allí estarás, ¡oh ángel de consuelo!
¡Pobre madre infeliz..... madre adorada!

México, 1858.



LIBRO III

—

Cinerarias.



!

¡Aun vives, corazón! vives.... palpitas....!
¿Qué es esto, corazón?... te creí muerto...
¿Por qué tiembas así, por qué te ágitas
En tu sepulcro destrózado y yerto?

¿Acaso una pasión?... me da pavora:
Si un tiempo resistí sereno y fuerte,
Me falta ya valor en la tortura,
Y otro dolor me causará la muerte.

Aun el amargo deyo hay en mi boca.
De ese cáliz fatal que apuré un día;
Hoy si mi labio, por mi mal, lo toca...
¡Oh, no lo quiera Dios!... sucumbiría.

Recuerdo pertinaz nubla mi frente;
Mi juvenil vigor siento agotado;
Quiero acabar siquiera indiferente
El valle que infeliz he atravesado.

¡Silencio, corazón, duerme y olvida
Que fuiste niño y que sentir supiste;
La lumbre de tu fé se halla extinguida,
Duerme en la noche de tus dudas, triste!

Agonizante ardor, chispa postrera
Que por mi helada sangre se desliza,
No puedes ya existir, porque la hoguera
Que ardió voraz, se convirtió en ceniza.

¡Buscar aún la dicha en el camino,
Para encontrar al fin de pena tanta,
Solo el miraje que ama el peregrino,
Y más se aleja, mientras más le encanta!

¡Amor!... ¿buscas amor? ¡delirio triste!
¿No está la llama de tu fé extinguida?
¡Amor! ¿lo crees aún?... ¿piensas que existe?...
¡Silencio, corazón, duerme y olvida!

1863.



PERJURIO

A***

Pálido el rostro, en lágrimas bañado,
Y ocultando en mi hombro tu alba frente,
Con el seno oprimido y agitado,
Mi mano presa entre la tuya ardiente,

Murmuraste tu adiós. « Voy á alejarme,
» Te dije, y voy de mi lealtad seguro;
» ¿En tu constante amor podré fiarme?
» — Tú respondiste: ¡Siempre! ¡te lo juro! »

Me aparté de tus brazos mudo y triste,
Un infierno llevando el alma mía;
Tú, mi mano al soltar, desfalleciste
Trémula y desmayada en tu agonía.

¡Delirios del amor!... ¿quién en la vida
Cree ya del juramento en la locura,
Si el alma, reina en sierva convertida
Á romper sus cadenas se apresura?

¡Siempre!... ¡si apenas nace el sentimiento
 Cuando el cansancio presuroso llega!
 ¡Si el deleite que dura es un tormento!
 ¡Si la luz que más brilla es la que ciega!

¡Siempre!... ¡la realidad de la existencia,
 Del ideal los sueños desbarata;
 Y del amor la fugitiva esencia
 El soplo de los tiempos arrebatá!

¡Siempre!... ¡imposible y loco devaneo!
 Del recuerdo la lumbre, en la memoria
 Sólo se aviva al soplo del deseo.
 ¡Tal es del alma la constante historia!

¡Tierra del corazón! ¡tierra mezquina
 Dó nada vive, ni arraigarse quiere!
 Donde hasta el mal, efímero germina
 Y así naciendo, fructifica y muere!

.

Hé nos aquí del uno el otro lejos;
 Las tristes horas del adiós pasaron....
 Y del amor los tímidos reflejos
 En el mar de la ausencia se apagaron.

En la ilusión de ayer, ¿quién piensa ahora?
 ¿Verdad que me olvidaste?... lo presumo,
 Y á mí, otro fuego el alma me devora:
 ¿Lo ves, mujer?... el juramento es humo.

Y así debe de ser: ¿la confianza
 Quién en ajeno corazón encierra?
 ¿Quién va á plantar la flor de la esperanza
 Sobre ese limo que arrojó la tierra?

Que nunca el alma la tristeza oprima
 Y de hoy el lazo que el de ayer deshaga;
 Porque el amor guardándose, lastima;
 Sólo el que pasa fugitivo, halaga.

Y ha de vivir, la vida del perfume
 Que exhala el cáliz de la flor temprana;
 La del débil rocío que consume
 El primer resplandor de la mañana,

Y así, señora, demos al olvido
 Eso que el labio prometió inexperto;
 Guardando nuestro amor.... fuera mentido,
 Pasó muy pronto, pero así fué cierto.

Desde hoy, indiferencia: si algún día,
 Por el mismo camino nos cruzamos,
 La faz serena y la mirada fría,
 No dirán que culpables perjuramos.

Nadie sabrá que un tiempo los sentidos
 Ebrios de nuestro amor, y tantas veces,
 En apurar pasamos embebidos
 Del deleite la copa hasta las heces.

Nadie sabrá tampoco que hora alguna
 De placer, amargó letal tormento;

Que nuestro corazón sintió importuna
La espina de tenaz remordimiento.

Nada quitó mi amor de tu belleza,
Ni el fuego intenso que en tus ojos brilla,
Ni la altivez que anima tu cabeza,
Ni las rosas que tiñen tu mejilla.

Ni un surco más en la tostada frente,
Ni una lágrima menos en la vida,
Ni otro dolor que mi desdicha aumente.
Nada me deja tu lealtad perdida.

.

Y adiós!.... que el goce del perjurio pueda
Darte más dicha que te di, señora;
Que yo, el absintio que en labio queda
Voy á endulzar con mi placer de ahora.



MARÍA

Allí en el valle fértil y risueño,
Dó nace el Lerma y, débil todavía
Juega, desnudo de la regia pompa
Que lo acompaña hasta la mar bravía;
Allí donde se eleva
El viejo Xinantecatl, cuyo aliento
Por millares de siglos inflamado,
Al soplo de los tiempos se ha apagado,
Pero que altivo y majestuoso eleva
Su frente que corona eterno hielo
Hasta esconderla en el azul del cielo;

Allí donde el favonio murmurante
Mece los frutos de oro del manzano
Y los rojos racimos del cerezo
Y recoge en sus alas vagarosas
La esencia de los nardos y las rosas;

Allí por vez primera
Un extraño temblor desconocido,
De repente, agitado y sorprendido
Mi adolescente corazón sintiera.

Turbada fué de la niñez la calma,
Ni supe qué pensar en ese instante
Del ardor de mi pecho palpitante
Ni de la tierna languidez del alma.

Era el amor: mas tímido, inocente,
Ráfaga pura del albor naciente,
Apenas devaneo
Del pensamiento virginal del niño;
No la voraz hoguera del deseo,
Sino el risueño lampo del cariño.

Yo la miré una vez — virgen querida
Despertaba cual yo, del sueño blando
De las primeras horas de la vida:
Pura azucena que arrojó el destino
De mi existencia en el primer camino,
Recibían sus pétalos temblando
Los ósculos del aura bullidora
Y el tierno cáliz encerraba apenas
El blanco aliento de la tibia aurora.

Cuando en ella fijé larga mirada
De santa adoración, sus negros ojos
De mí apartó; su frente nacarada
Se tiñó del carmín de los sonrojos;
Su seno se agitó por un momento,
Y entre sus labios espiró su acento.

Me amó también. — Jamás amado había;
Como yo, esta inquietud no conocía,
Nuestros ojos ardientes se atrajeron

Y nuestras almas vírgenes se unieron
Con la unión misteriosa que preside
El hado entre las sombras, mudo y ciego,
Y de la dicha del vivir decide
Para romperla sin clemencia luego.

¡Ay! que esta unión purísima debiera
No turbarse jamás, que así la dicha
Tal vez perenne en la existencia fuera:
¿Cómo no ser sagrada y duradera
Si la niñez entretejió sus lazos
Y la animó, divina, entre sus brazos
La castidad de la pasión primera?

Pero el amor es árbol delicado
Que el aire puro de la dicha quiere,
Y cuando de dolor el cierzo helado
Su frente toca, se doblaga y muere.

¿No es verdad? ¿no es verdad, pobre María?
¿Por qué tan pronto del pesar sañudo
Pudo apartarnos la segur impía?
¿Cómo tan pronto oscurecernos pudo
La negra noche en el nacer del día?

¿Por qué entonces no fuimos más felices?
¿Por qué después no fuimos más constantes?
¿Por qué en el débil corazón, señora,
Se hacen eternos siglos los instantes,
Desfalleciendo antes
De apurar del dolor la última hora?

¡Pobre María! entonces ignorabas
 Y yo también, lo que apellida el mundo
 Amor... amor! y ciega no pensabas
 Que es perfidia, interés, deleite inmundado,
 Y que tu alma pura y sin mancha
 Que amó como los ángeles amaran
 Con fuego intenso, mas con fé sencilla,
 Iba á encontrarse sola y sin defensa
 De la maldad entre la mar inmensa.

Entonces, en los días inocentes
 De nuestro amor, una mirada sola
 Fué la felicidad, los puros goces
 De nuestro corazón.... el casto beso,
 La tierna y silenciosa confianza,
 La fé en el porvenir y la esperanza.

Entonces.... en las noches silenciosas,
 ¡Ay! cuántas horas contemplamos juntos
 Con cariño las pálidas estrellas
 En el cielo sin nubes cintilando,
 Como si en nuestro amor gozaran ellas;

Ó el resplandor benéfico y amigo
 De la callada luna,
 De nuestra dicha plácida testigo,
 Ó á las brisas balsámicas y leves
 Con placer confiamos
 Nuestros suspiros y palabras breves.

¡Oh! ¿qué mal hace al cielo
 Este modesto bien, que tras él manda

De la separación el negro duelo,
 La frialdad espantosa del olvido
 Y el amargo sabor del desengaño,
 Tristes reliquias del amor perdido?

Hoy sabes qué es sufrir, pobre María,
 Y sentiste al presente
 El desamor que mezcla su hiel fría
 De los placeres en la copa ardiente,
 El cansacio, la triste indiferencia,
 Y hasta el odio que impió
 El antes cielo azul de la existencia
 Nos convierte en un cóncavo sombrío,
 Y la duda también, duda maldita
 Que de acibar eterno el alma llena,
 La enturbia y envenena
 Y en el caos del mal la precipita.

Muy pronto, si, nos condenó la suerte
 Á no vernos jamás hasta la muerte;
 Corrió la primer lágrima encendida
 Del corazón á la primer herida,
 Mas pronto se siguió el pesar profundo,
 Del desdén la sonrisa amenazante
 Y la mirada de odio chispeante,
 Terrible reto de venganza al mundo.

Mucho tiempo pasó. — Triste seguimos
 El mandato cruel del hado fiero
 Contrarias sendas recorriendo fuimos
 Sin consuelo ni afán.... Y bien, señora,
 ¿Podemos sin rubor mirarnos ora?

¡Ah! ¡qué ha quedado de la virgen bella!
 Tal vez la seducción marcó su huella
 En tu pálida frente ya surcada,
 Porque contemplo en tus hundidos ojos
 Señal de llanto y lívida mirada
 Con el fulgor de acero de la ira.
 Se marchitaron los claveles rojos
 Sobre tus labios ora contraídos
 Por risa de desdén que desafía
 Tu bárbaro pesar, pobre María!

Y yo.... yo estoy tranquilo:
 Del dolor las tremendas tempestades,
 Roncas rugieron agitando el alma;
 La erupcion fué terrible y poderosa...
 Pero hoy volvió la calma
 Que se turbó un momento,
 Y aunque siente el volcán mugir violento
 El fuego adentro dél, nunca se atreve
 Su cubierta á romper de dura nieve.

Continuemos, mujer, nuestro camino.
 ¿Dónde parar?... ¿Acaso lo sabemos?
 ¿Lo sabemos acaso? Que el destino
 Nos lleve, como ayer: ciegos vaguemos,
 Ya que ni un faro de esperanza vemos.
 Llenos de duda y de pesar marchamos,
 Marchamos siempre, y á perdernos vamos
 ¡Ay! de la muerte en el oceano oscuro.
 ¿Hay más allá riberas?... no es seguro,
 Quién sabe si las hay; mas si abordamos

A esas riberas torvas y sombrías
 Y siempre silenciosas,
 Allí sabré tus quejas dolorosas,
 Y tú también escucharás las mías.

1864.





LA CRUZ DE LA MONTAÑA

O cruz, ave, spes unica.

Héme al pie de tu altar, ya prosternado,
Musgosa Cruz, silvestre y solitaria;
Héme aquí ya, gimiendo en mi plegaria,
Convulso de dolor, desesperado.
Me acojo á tí, porque me cansa el mundo;
Falto de fé, vacilo y me confundo....
¡ Vengo á buscar en la congoja mía
La dulce paz de tu montaña umbría!

Un tiempo, en mi niñez pobre y serena;
Mi idolatrada madre, dulce y buena,
De un apóstol la historia me contaba,
Y á quién Jesús de Nazareth llamabá.
Santa misión de amor le inspiró el cielo;
Paz y amor predicó, y en el Calvario
Al morir, trocó en signo de consuelo
El leño de la Cruz, patibulario.

Desde entonces ¡ oh Cruz! cuando en mi frente
El surco apareció de la tristeza,

Corrí á tu altar, humilde y reverente,
Á inclinar afligido mi cabeza,
Y de mi llanto á desatar la fuente.
Y hallaron siempre alivio mis dolores;
Siempre el aliento de la fé volviera
A mi nublado cielo sus colores,
Y al árbol de mi dicha, con sus flores,
Su gallardo esplendor de primavera.

Mas ¡ ay de mí! tras mis primeros años
Vinieron en tropel tétricas horas;
Vino otra edad de negros desengaños;
Y á la luz de sus pálidas auroras,
He inclinado la faz entristecida,
Al mirar cuál tornó mustio y sombrío
El panorama inmenso de mi vida
La dura mano del destino mío.

Ya no habitaba entonces mi cabaña,
Ni vivía la madre tierna y pura
Que me enseñó á adorar en la montaña
Ó en el fresco vergel de la llanura,
La Cruz agreste que el pastor venera,
Y que tiene por techo los espacios,
Y por eterna alfombra la pradera.

Yo estaba en la ciudad... allí el creyente
Busca los grandes templos suntuosos
De columnas de mármol esplendente,
De ricos artesones primorosos,
De altares de marfil... quiere embriagarse
En la nube de aromas que se exhala

De los fulgentes incensarios de oro,
 Y adormecer sus lánguidos sentidos
 Á los ecos del órgano sonoro,
 De la profana música remedo ;
 Fariseo sensual y sibarita,
 Quiere adorar á Dios como el levita
 Ó como el vil pontífice pagano.
 ¿ Yo prosternarme allí ? ¿ yo ser cristiano
 Con ese culto hipócrita ? ¡ no puedo !

Y vine á verte en la montaña oscura,
 Aquí en las altas rocas solitarias
 Del venerable bosque en la espesura ;
 Vengo á verter el llanto de amargura
 Al murmurar mis férvidas plegarias.

Por fin ya te encontré, ¡ signo sublime !
 Virgen de humillación, como quería ;
 Cual te buscaba siempre el alma mía,
 Que tanto y tanto la desgracia oprime.

¡ Oh ! tú no tienes los altares de oro
 Que aquella gente hipócrita venera,
 Ni aquí resuena el órgano sonoro,
 Ni el perfumado cirio reverbera ;
 Pobre te alzas aquí... mas yo te adoro
 Con el cariño de mi fé primera.

No tienes más adorno que las flores
 Que el inocente leñador cortara
 De los esbeltos juncos cimbradores
 Para alfombrar el césped de tu ara

Ó de campestres lirios, la cadena
 Que pastora infeliz ofreció pía,
 Cuando con labio trémulo pedía
 Tu protección en su amorosa pena.

Te da sus perlas la naciente aurora
 En argentada lluvia de rocío,
 Del iris con las tintas te colora
 El sol de las mañanas del estío ;
 La piedra de tu altar, arrulladora
 Lame la blanca linfa de ese río,
 Que va después entre la selva oscura
 El soto á fecundar y la llanura.

Cantan aquí sus himnos perennales
 La enamorada tórtola inocente,
 Y el alegre centzontli, y los turpiales
 En los enmarañados bejucales
 Y en la verde espadaña del torrente,
 Mientras que de los riscos, espumantes
 Gimen las roncadas aguas, despeñadas,
 En sus grutas de pórvido encerradas.

Tú eres humilde, ¡ oh Cruz ! pero estás pura ;
 Aquí no llega el corrompido aliento
 Del mundo vil, ni el bacanal acento
 Que alza la humanidad en su locura.
 Tú eres muy pobre ¡ oh Cruz ! pero elocuente
 Me hablas ahora, como hablar solías
 Al ardoroso apóstol, al creyente
 Que te adoraba en los antiguos días.

Así te quiso el Redentor del mundo,
 Que te escogió en el bosque centenario
 Para abrazarte con dolor profundo
 En su santo martirio del Calvario.
 Y así debes estar, entre tus flores,
 En tus añosos bosques escondidos,
 Consolando los tímidos dolores,
 Aliviando los pechos oprimidos.

¡ Santa y sublime Cruz ! ¡ soy desdichado !
 Ruge la tempestad de los pesares
 Dentro mi corazón desesperado.
 ¡ Vengo á buscar consuelo en tus altares !
 Dame de mi niñez blando el sosiego ;
 Que vuelva al corazón la antigua calma ;
 ¡ Consuelo del cristiano, te lo ruego !
 Yo tengo mustia y dolorida el alma.

Yo quiero aquí olvidar ; busco un asilo
 En tí, mi dulce y única esperanza ;
 Aquí en tu altar descansaré tranquilo ;
 Aquí hallaré la paz y la bonanza.
 Y cuando enlute el velo funerario
 Mi triste frente, y al dolor sucumba,
 Tú, Cruz humilde, cubrirás mi osario,
 Y tus violetas ornarán mi tumba.

1859.



EN EL ÁLBUM DE LUZ

Nardo de este jardín, luz de este cielo,
 Dulce cáliz de amor y de consuelo,
 Ideal del cariño ;
 Casta visión de encantos misteriosos,
 Blanca, como los ángeles hermosos
 Que ve en sus sueños sonriendo el niño.

Al contemplarte, virgen inocente,
 Al ver tus ojos y tu casta frente
 Que revelan la calma
 De tu existencia en flor risueña y pura,
 Calla el dolor, disípase la oscura
 Terrible tempestad que agita el alma.

¡ Y pensar, desdichado, que me ausento,
 Cuando apenas ayer tu blando acento
 Ha llegado á mi oído,
 Tierno como las quejas de la ave,
 Cual los suspiros del amor, suave,
 Cual despedida postrimer, sentido !

Hermosa niña, ¡ adiós ! ¡ Ay ! me es preciso
Romper esta visión de paraíso.

 Mi cáliz de consuelo
Voy á cambiar por mi erial de espinas
El edén que perfumas é iluminas,
Nardo de este jardín, luz de este cielo!

Colima, Febrero de 1865.



Á ISABEL

(EN SU ÁLBUM)

Sereno cielo azul, sol esplendente.
Grandes nubes de púrpura y de gualda
Limitando los mares de esmeralda.

Aquí un volcán, cuya altanera frente
Una corona ciñe trasparente
De nieves y de brumas; y á lo lejos,
En continuas y espesas oleadas,
Las sierras de la costa iluminadas
De la luz tropical por los reflejos.

Bosques do quier de ceibas altaneras,
 De arrayanes frondosos,
 De gallardas palmeras
Bañadas por torrentes espumosos,

Y al pie de las parotas seculares,
 Junto á mansos arroyos,
Agrupados los verdes platanares

Que entoldan con sus hojas
Los naranjos cubiertos de azahares.

Arcos de perfumados floripondios
Sobre las frescas linfas,
Circundadas de eneldos y de mirtos
Como baños de ninfas.

Y pájaros, y flores, y céfiros,
Formando á todas horas
Con sus cantos, aromas y suspiros,
Un raudal de delicias bienchechoras,
Del alma adolorida arrulladoras.

Este el santuario es donde se elevan
Tus dorados altares,
Majestuosa beldad de negros ojos
Y de atrevida frente,
Ante quien el creyente
Debe culto rendir puesto de hinojos.

Este el santuario es, dó en mi camino
Lleno de admiración vine á encontrarme,
Cuando pobre y cansado peregrino
A esta playa feliz quiso arrojarme
La voluntad potente del destino.

Mi corazón ardiente,
Que lo bello idolatra y lo grandioso,
Tu mágico poder adora y siente,
Y con amor inmenso,

Á tus plantas se acerca
También á tributar su humilde incienso.

Recíbelo, Isabel, y una mirada
Pague mi adoración, con una dulce
Sonrisa de tus labios de granada.

Después voy á alejarme, mas llevando
Tu imagen hechicera
En el sagrario del cariño oculta.

¡Ay! ojalá que siga
Un recuerdo siquier de tu alma amiga
La estela de mi buque,
Y el camino erial, oscuro, incierto,
Que tengo que seguir penosamente
De una vida infeliz en el desierto.

Y cuando en algún día,
De la aflicción la tempestad sombría
Ruja dentro del alma,
Para volver á la anhelada calma
Evocaré tu nombre,
Y tu recuerdo dulce y sonriente
Disipará la nube de desgracia
Que abrume entonces mi tostada frente.

Colima, febrero de 1864.





AYORA HILDA

¡ Voy á decirte adiós !... pero no llores...
Nos separa la mano del destino
Que ha cavado una sima en el camino
Que debimos andar juntos los dos.

Debemos desunirnos en silencio;
Yo disculpable soy, y tú inocente;
Pero un hondo pesar nubla mi frente,
Y antes que sufras mi desgracia... ¡ adiós !

¿ Lo ves? El cielo nos negó la dicha,
¿ Qué le hicimos al cielo?... ¡ nada... nada !
Ni tú mujer, sensible y adorada,
Ni yo que siempre infortunado fui.

Mas nos separa... obedecer es fuerza
Su voluntad terrible y poderosa;
Yo arrastraré una vida dolorosa,
Que él me condene y que te salve á tí.

Ninguna queja amarga de tu labio
Desgarre ya mi pecho dolorido;
¡ Oh! ten piedad de mí, mucho he sufrido,
Y para más no tengo corazón.

Tú lo sabes muy bien, antes de amarte
Era tranquilo, y apacible y tierno;
Mas después que te amé, tornóle inferno
El inmenso volcán de mi pasión.

¡ Cuál te he amado, mujer! No hubo en el mundo
Un sacrificio que por tí no hiciera,
Un lazo que por tí no destruyera,
Todo á tus plantas ¡ ay! deposité.

Te consagré las horas de mis noches,
Los pensamientos de mis negros días,
Y hasta olvidé, mujer, ¿ qué más querías?
Por tí, mi dicha, mi ambición, mi fé.

Nada te pido en cambio, ni el recuerdo
De mis pasados y hórridos dolores,
Ni un suspiro siquiera, ni me llores;
Que todo es vano para amarnos ya.

Enjuguemos los ojos y callemos,
Y démonos sin llanto en esta vida
Nuestra postrer y triste despedida,
Que es nuestra hora de perdón quizá!

Abrázame y no llores... sé orgullosa
Y sufre con valor tu desventura;
Apuremos el cáliz de amargura,
Sin miedo vil, sin vacilar los dos.

Que cubra nuestra historia negro olvido;
No te entristezcas... mira, en lontananza
Hay una luz siquiera de esperanza,
¡ La lumbre del osario ! ¡ adiós ! ¡ adiós !